



Los
PEORES AÑOS
de
MI VIDA

James Patterson

y **Chris Tebbetts**

Ilustraciones de **Laura Park**

Traducción de **Marcelo E. Mazzanti**



novelagráfica

Primera edición: octubre de 2012
Tercera impresión: febrero de 2014

Título original en inglés: *Middle School. The Worst Years of My Life*

Cubierta: Book and Look, basada en el diseño de Alison Impey
Maquetación: Xavier Peralta
Ilustraciones de Laura Park

Edición: David Sánchez Vaqué
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats
Traducción: Marcelo E. Mazzanti

© 2011 James Patterson
© 2012 La Galera, SAU Editorial, de la edición en lengua castellana

“Novela Gráfica” es un sello de la editorial La Galera

La Galera, SAU Editorial
Josep Pla, 95 – 08019 Barcelona
www.editorial-lagalera.com
lagalera@grec.com

Esta edición ha sido publicada con permiso de Little, Brown and Company,
Nueva York, EE.UU. Todos los derechos reservados.

Impreso en EGEDSA
Rois de Corella 16
08205 Sabadell

Depósito legal: B-19.722-2012
Impreso en la UE
ISBN: 978-84-246-4395-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

CAPÍTULO 1

SOY RAFE KHATCHADORIAN, HÉROE TRÁGICO

No hay mejor forma de empezar esta historia triste y desesperada que conmigo, mi insoportable hermana Georgia y Leonardo el Callado sentados como sardinas en el asiento trasero de un coche patrulla de la policía de Hills Village.



Este es un patético retrato familiar del que no querrías formar parte, créeme. Ya te contaré más sobre el desafortunado incidente con la policía de Hills Village; necesito reunir fuerzas para contar esa lamentable historia.

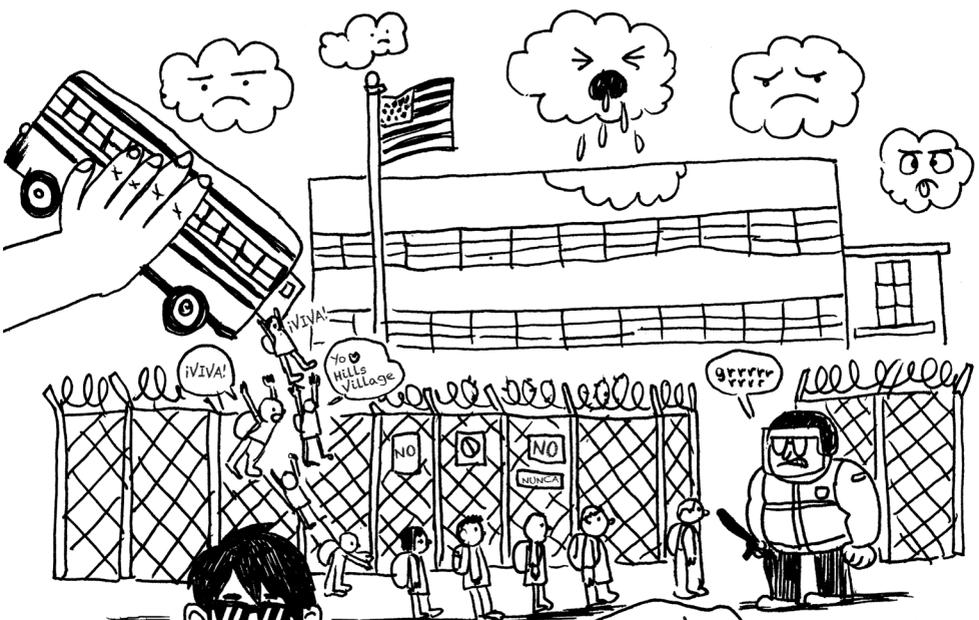
En fin: ¡tachán!, aquí está, para todos los fans de los libros y para aquellos a quienes les han obligado a leer algo en el cole, mi autobiografía oficial, la historia de mi vida hasta el momento: ¡los terribles años de la secundaria! Si has estudiado secundaria, ya sabes a qué me refiero. Y si aún no la has empezado, pronto lo sabrás.

Pero, las cosas claras: entenderme a mí (digo, entenderme de verdad, a mí y a mi vida de locos) no es tan sencillo. Por eso me resulta tan difícil encontrar gente en quien confiar. La verdad es que no sé de quién fiarme, así que no me fío de nadie. Salvo de mi madre, Jules (la mayoría de las veces).

En fin, veamos si puedo confiar en ti. Primero, un poco de información.

Por cierto, este soy yo llegando a la «cárcel» (también conocida como Escuela Secundaria de Hills Village) en el monovolumen de Jules. La ilustración es de Leonardo el Callado.

Pero volvamos a la historia. En realidad sí hay otra persona de quien me fío. Y, de hecho, es el mismo Leonardo.



Leo es un loco de marca mayor, y un sonado de marca aún mayor, pero es auténtico.

Esta es otra gente en la que no confiaría ni para recoger un papel del suelo:

Ahí está la señorita Despiadada Donatello, aunque puedes llamarla simplemente «la Dragona». Da lengua y también se encarga de mi asignatura favorita de sexto: la hora de castigo después de clase.



También está la señora
Ida Stricker, la subdirectora,
que manda sobre todo
lo que haga cualquiera
en el insti.

Esta es Georgia, mi
hermana supercotilla,
superpesada

y supermimada.

Su única

virtud es que debe parecerse
a como era mamá cuando
estaba en cuarto.

Hay más gente en la
lista, y ya llegaremos
a ellos. O no. Aún no
estoy seguro de cómo
hacer esto. Como
te imaginarás, es mi
primer libro largo.

Pero hablemos un poco
más de nosotros.

Quiero confiar en ti, pero no
estoy seguro de si puedo compartir contigo mis asuntos
más delicados, como la desastrosa historia del coche de
policía.



¿Cómo eres? Quiero decir, ¿cómo eres por dentro?
¿Eres una persona buena y decente? ¿Y eso quién lo dice? ¿Tú mismo? ¿Tus padres? ¿Tus hermanos?

Vale, si vamos a ser amigos —y eso es muy importante para mí—, voy a confesarte algo más:

Esta es la pinta que tenía yo de verdad el primer día de sexto, al llegar al insti.

¿Seguimos siendo amigos o te largas?

¡Venga, no te vayas!

La verdad es que me caes bien. En serio. Al menos sabes escuchar. Y créeme, tengo toda una historia que contarte.



CAPÍTULO 2

EL INSTI-PRISIÓN DE MÁXIMA SEGURIDAD

Vale, imagínate el día que nació tu tatarabuela. ¿Ya está? Ahora ve aún unos cien años más atrás. Ahora otros cien. Más o menos fue por entonces cuando construyeron el Instituto Hills Village. Por entonces era una cárcel para colonos, creo, pero no ha cambiado mucho: ahora es una prisión para alumnos de sexto, séptimo y octavo.



He visto suficientes pelis como para saber que cuando te meten en la cárcel tienes dos opciones: (1) machacar a golpes a alguien para que todos los demás piensen que estás loco y te dejen en paz, o (2) bajar la cabeza, intentar no llamar la atención y no mosquear a nadie.

Ya has visto la pinta que tengo, así que seguramente adivinarás cuál de las dos opciones elegí. En cuanto entré en el aula fui directo a la fila del fondo y me senté todo lo lejos que pude de la mesa del profe.

El plan solo tenía un problema, y su nombre era Miller. Miller el Matador, para ser preciso. Solo hay una manera de no caerle mal: caerle peor.

Pero yo aún no sabía nada de eso.

—Te has sentado en el fondo, ¿eh? —me dijo.

—Sí —contesté.

—¿Eres uno de esos alumnos problemáticos o algo así? —preguntó.

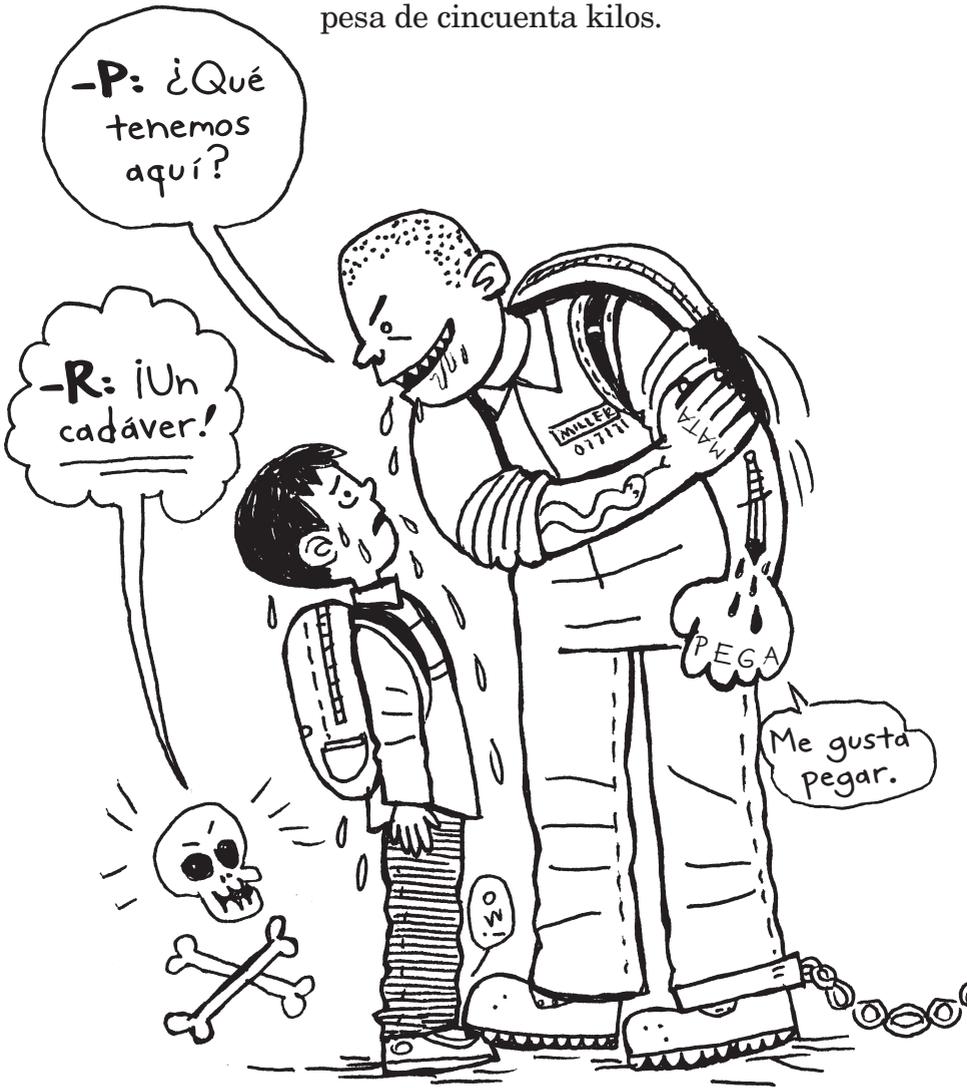
Me encogí de hombros.

—No sé. No, creo que no.

—Todos los delincuentes juveniles se sientan ahí —dijo, y dio un paso más hacia mí—. De hecho, esa es mi silla.

—No veo que tenga tu nombre escrito —repliqué, y empecé a pensar que quizá no había sido la mejor

respuesta del mundo cuando Miller me cogió del cuello con una de sus garras XXXL y me levantó como una pesa de cincuenta kilos.



Por norma prefiero conservar la cabeza pegada al cuerpo, así que me levanté, tal como él quería.

—Volvamos a empezar —dijo—. Esta es mi silla, ¿entiendes?

Pues claro que lo entendía. Hacía unos cuatro minutos y medio que estaba en sexto y ya llevaba en la espalda una diana pintada de color naranja fosforescente. Vaya con lo de no llamar la atención.

No me entiendas mal: no soy un pringado total. Dame unos capítulos más y te demostraré de lo que soy capaz. Pero en ese momento preferí largarme a otra parte de la clase. Alguna parte un poco menos, digamos, peligrosa para mi salud.

Cuando iba a sentarme de nuevo, Miller me llamó:

—¡Eh! —bramó—. ¡Esa silla también es mía!
¿Ves por dónde va el asunto?

Para cuando llegó el profe, el señor Rourke, yo estaba parado en medio de la clase, preguntándome cómo sería pasar los próximos nueve meses de pie.

Rourke me miró por encima de sus gafas.

—Perdona, em, Kacha... Katxo... Ketchup...

—Khatchadorian —le dije.

—¡Salud! —dijo alguien, como si yo hubiera estornudado, y toda la clase rio.

—¡Silencio! —gritó el señor Rourke mientras

buscaba mi nombre en la lista—. ¿Qué tal, Rafe?

—Y sonrió como si fuera a ofrecerme galletitas.

—Bien, gracias —contesté.

—¿Nuestras sillas te resultan incómodas?

—preguntó.

—No exactamente... —dije; en ese momento no podía dar muchos detalles sobre la situación.

—Entonces SIÉNTATE. ¡YA!

A diferencia de Miller el Matador, que solo tenía un lado malo, el señor Rourke tenía uno bueno y otro malo, y yo acababa de conocer ambos.



No había nadie lo bastante idiota como para sentarse delante de Miller, así que ese era el único asiento libre de todo el aula.

Y, como a veces soy el imbécil más grande del mundo, no miré atrás cuando empecé a bajar el culo para sentarme. Y así fui a dar contra el suelo.

La parte buena era que, tal como habían empezado las cosas, la secundaria solo podía ir a mejor.

La parte mala era que la parte buena no era cierta.



AL MENOS TENGO A LEO

i Conoces esta rima?:

Jack no podía comer grasa;
su mujer magro no quería;
pero entre los dos, en su casa
limpiaban el plato cada día.

Es decir, que lo que no hacía uno lo hacía la otra, y así siempre acababan el trabajo. Pues lo mismo entre Leo y yo, solo que, en vez de con grasa y magro, con palabras e imágenes. ¿Lo captas? Yo me encargo de las palabras y Leo de los dibujos.

Leo me habla de vez en cuando, pero no demasiado; conversar no es lo suyo. Seguro que, para avisarte de que tu casa está ardiendo, haría un dibujo. (¡Sí, señoras y señores, tengo miles de ocurrencias así de brillantes!). En fin, que el tío habla menos que una jirafa. ¡Saluda, Leo!

¡AGH!
¡Que alguien
encienda
una cerilla!



¡Saluda,
Leo!

¿Me
hablas
a mí?

¡No, creo
que me está
hablando
a mí!

Tengo mocos.



Lo que te decía.

Además, si una imagen vale más que mil palabras, mi amigo Leo es la persona que conozco con más cosas que decir. Solo hay que saber escucharle.

Conclusión: Leonardo el Callado es mi mejor amigo, en Hills Village y en el mundo entero. Y antes de que, con tanto halago, se le hinche la cabeza como un globo y no pueda pasar por la puerta, tengo que reconocer que no hay mucha competencia por el título de mi mejor amigo. Si buscas *popular* en el diccionario, difícilmente vas a encontrar mi foto al lado.

Y eso me lleva a lo siguiente que pasó aquel día.

CAPÍTULO 4

RA, RA, RA, BLA, BLA, BLA...

Era un día «especial»: a la hora en que normalmente salimos al primer patio, íbamos a hacer una ¡Gran! ¡Reunión! ¡Escolar! de principio de curso. Todo el mundo estaba emocionado.

Por supuesto, cuando digo «todo el mundo», quiero decir «todo el mundo menos yo».

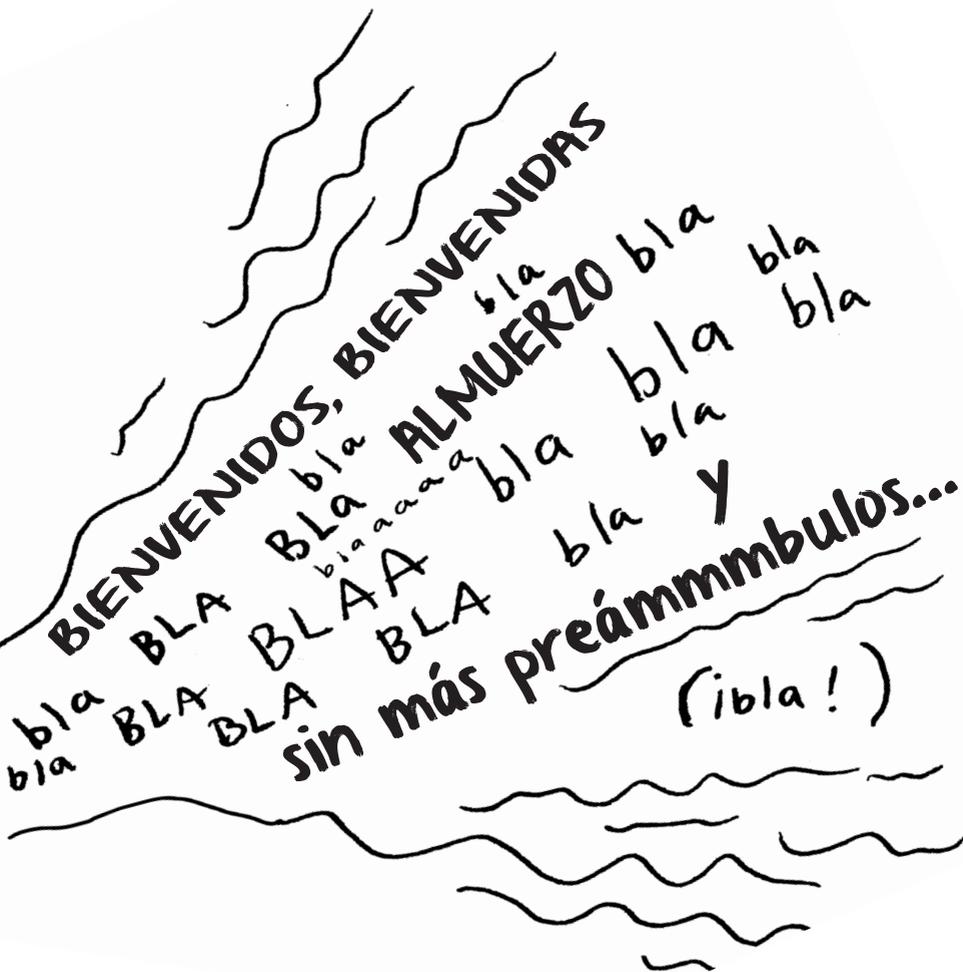
Nos hicieron desfilar hasta el gimnasio y sentarnos en las gradas.

Habían colocado un podio con un micrófono, y un gran cartel en la pared:

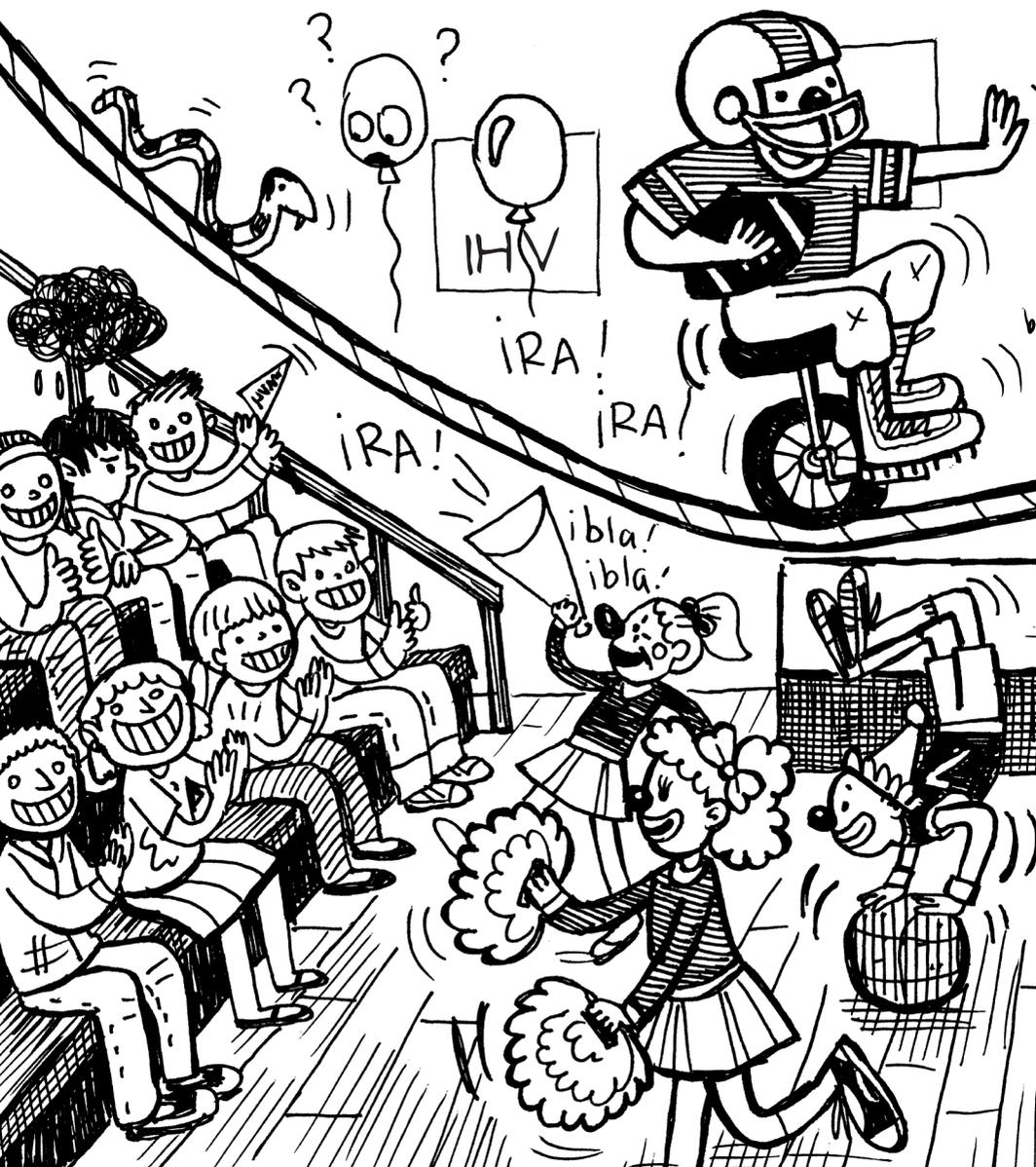
¡¡Bienvenidos y bienvenidas al IHV!!



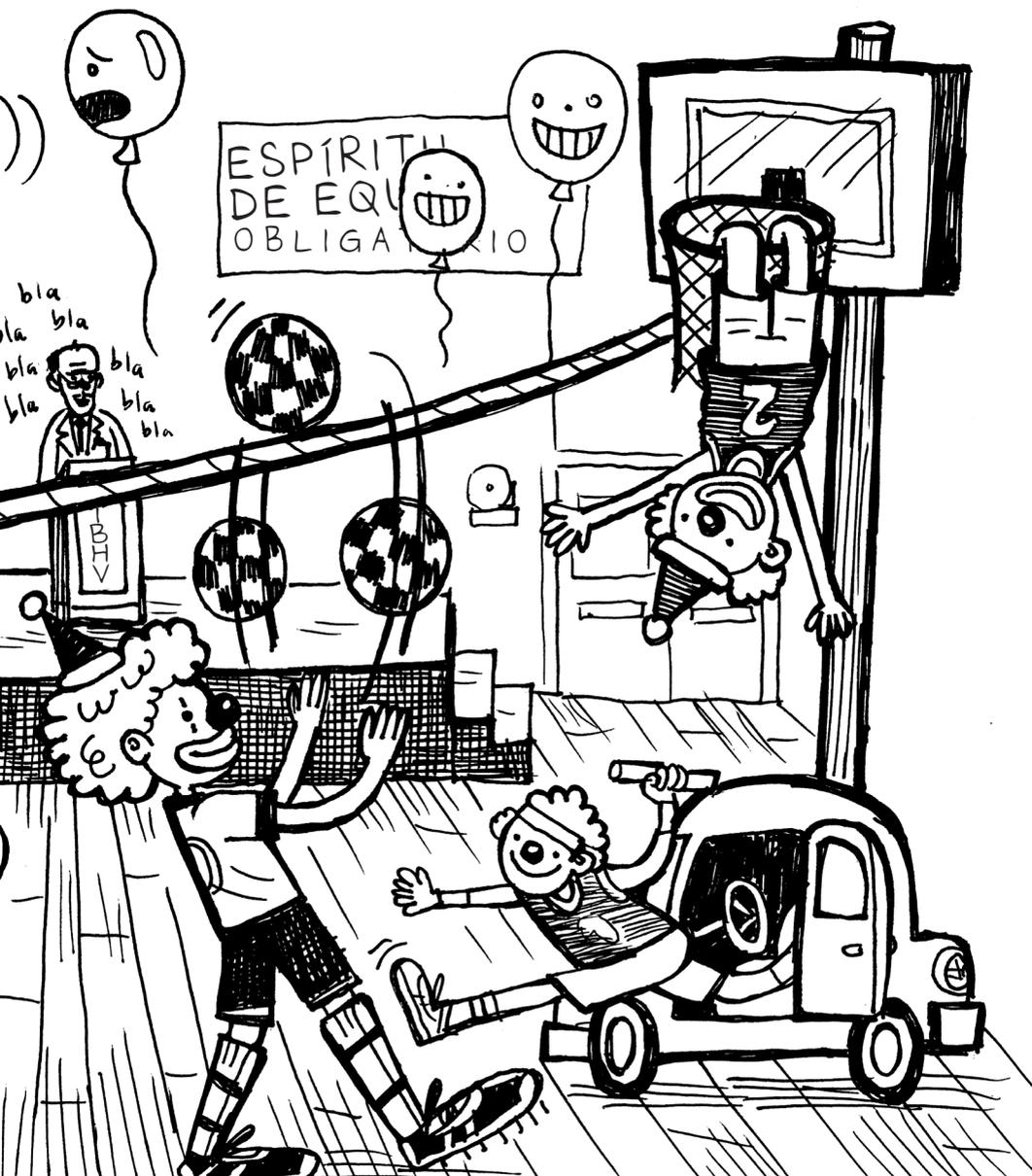
El señor Dwight, el director, fue el primero en salir a hablar. Después de un discurso que fue más o menos así...



... hizo salir a las *cheerleaders*, que hicieron salir a los equipos de fútbol, fútbol americano y atletismo, que hicieron ponerse a todo el mundo en pie y gritar



y berrear. (Por supuesto, cuando digo «todo el mundo», quiero decir «todo el mundo menos yo»). Solo faltaba una carpa de circo y un par de elefantes bailando.



Después, la señora Stricker anunció que quienes quisieran presentarse a delegados de clase tenían que salir al micrófono y hablar.

Se levantaron cinco o seis chicos de cada curso, que parecían haber estado esperando ese momento. Supongo que el señor Rourke nos habría dicho algo de eso en clase, pero yo estaba muy ocupado intentando prever cuándo el Matador me clavaría un lápiz en la nuca; no prestaba mucha atención a nada más.

Empezaron por los de sexto. Escuchamos a dos pardillos a los que no conocía de nada; después a un tal Matt Kruschik, que se comía los mocos hasta cuarto; y después...

—Hola a todos. Me llamo Jeanne Salletta.

La mitad de los de sexto, y hasta algunos de séptimo y octavo, se echaron a aplaudir. Debía de haber hecho la primaria en Millbrook, porque no la había visto nunca antes. Yo había ido a Seagrave, donde en clase de gimnasia nos dedicábamos a perseguir a las ratas, y a la mayoría de los alumnos, yo incluido, el cole nos daba las comidas gratis porque nuestras familias no podían pagarlas.

—Creo que sería una buena delegada porque sé escuchar —dijo Jeanne—. Y eso es lo más importante que existe.

¡Ni que lo digas!

Era de lo más guapa. Tenía esa clase de cara que te gustaría quedarte mirando tanto tiempo como pudieras. Y a la vez parecía enrollada, no de esas que se creen mejores que cualquiera. Aunque ella sí lo fuera.

—Tengo un montón de ideas para conseguir que el insti sea un lugar mejor —prosiguió—. Pero antes quiero hacer una cosa.

Se apartó del micro y se acercó hasta donde yo estaba sentado. Me miró fijamente y preguntó:

—¿Tú eres Rafe?

De repente me sentí tan hablador como Leo, pero conseguí que me saliera una respuesta:

—Ese soy yo —contesté.

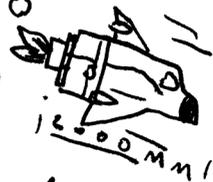
—¿Quieres que después nos partamos una ración grande de patatas en el comedor?

—Claro. Yo invito —dije yo, que esa mañana llevaba un billete de veinte dólares en el bolsillo.

—No —replicó ella—. Yo invito a las patatas.

Mientras, todo el mundo miraba. La banda del insti se puso a tocar, las *cheerleaders* se pusieron a animar, y Miller el Matador murió tras atragantarse con un M&M de cacahuete. Después gané la lotería, se firmó la paz en todo el planeta y la señora Stricker me dijo que, basándose en lo genial que soy, habían

JEANIE



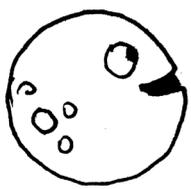
PAZ —Y PATATAS—
EN EL MUNDO



¿Te molan los eclipses?

¡Voy a su clase!

¡Guau!



decidido que podía saltarme el sexto curso y que ya volvería al insti al año siguiente.

—... así que espero que votéis por mí —dijo Jeanne, y todo el mundo aplaudió como loco.

Ni siquiera había oído la mayoría de su discurso, pero ya tenía mi voto seguro.

